

Hace treinta años



LA CAIDA DEL FASCISMO

EL fascismo cayó en Italia hace treinta años: las fechas se conmemoran con discursos del tipo de «aquello no sucederá nunca más», quizá con ritos secretos de los de «volveremos al poder», con algunas polémicas históricas en las que cada uno se proclama, para sí o su grupo, autor de la caída de aquel Régimen y de la de Mussolini. Hechos concretos: el 24 de julio de 1943 se reunió el Gran Consejo Fascista. Lo había convocado Mussolini para tratar del desembarco aliado en Sicilia y estudiar las medidas políticas y militares propias del caso, y se encontró con una moción de Dino Grandi, Ciano —su yerno— y Bottai, exigiéndole la dimisión y proponiendo que el poder supremo volviese a la monarquía para que ésta restableciese el régimen parlamentario. La discusión duró hasta las tres de la madrugada; a esa hora se votó, y la moción fue aceptada por 19 votos contra siete y una abstención. Mussolini fue a la mañana siguiente a palacio. Tenía audiencia con el Rey todos los lunes, pero aquella la adelantó en veinticuatro horas. El Rey había tomado ya sus medi-

das: un oficial recibió el para él espantoso encargo de detener al Duce —hasta ese momento, un semidios—. Le condujo a la puerta trasera de palacio, donde esperaba una ambulancia, y la ambulancia partió en busca de prisión. No fue fácil. La ambulancia, con el hombre deshecho en su interior, traicionado y abandonado por todos, recorrió los cuarteles de *Carabinieri* de Roma. Los oficiales que los mandaban se zafaban como podían del encargo. Temían, sobre todo, el asalto posible de la división «M» —M de Mussolini, formada por tropas especiales, adiestradas por Himmler, el jefe de las SS alemanas—, armada con el más moderno y eficaz material, enviado especialmente desde Alemania, y encargada de la salvaguarda personal del Duce y de la conservación del Régimen. Pero no intervino. La ambulancia del jefe de Gobierno prisionero continuó su peregrinación; fue llevado a un barco, luego a un avión, y finalmente, a un teleférico, que le conduciría a la altura del Gran Sasso, a un hotel de Campo Imperiale, a 2.200 metros sobre el nivel del mar. Fue allí donde le liberaron

—para una aventura más trágica aún de la que había vivido— los alemanes treinta y siete días después. Encontraron un anciano abúlico, casi catatónico, que apenas reaccionaba.

Prácticamente, había en Italia tres conjuras distintas para derribar a Mussolini. Se habían ido formando con los desastres de la guerra. La historia militar de Italia bajo el fascismo es negra. Mientras los *condottiere* del fascismo hablaban de Imperio y realizaban actos ensalzados como heroicos sobre los territorios irredentos, las expediciones militares habían sido difíciles, a partir de la conquista de Abisinia —Etiopía—, donde a pesar de la aviación, los gases y las balas «dumdum», había costado trabajo dominar a los guerreros armados con lanzas, descalzos, hambrientos. La expedición sobre Francia había sido una victoria humillante: Italia no entró en la guerra mundial hasta que Hitler dominaba ya Europa; los ingleses se habían retirado ya por Dunkerque y los alemanes estaban en vísperas de conquistar París. Francia, atacada también por el Sur, era ya un país desmoraliza-

do, roto, desorganizado. Mussolini había intentado la conquista de Grecia, a partir de Albania, que se había anexionado antes de la guerra, pero los griegos diezmaron sus tropas, les rechazaron, y los soldados italianos tuvieron que refugiarse en las montañas albanesas sin posibilidad de regreso; pasaron un atroz invierno y sólo pudieron salir de allí cuando les rescataron los alemanes, que, en cambio, penetraron en Grecia con una rapidez fulgurante. Mussolini no había querido que le sucediese lo mismo con Yugoslavia. Había ordenado la preparación minuciosa y cuidada de un plan de invasión. Pero mientras los Estados Mayores preparaban la operación, los alemanes invadieron limpiamente Yugoslavia y ya eran dueños de los Balcanes. La operación de la Unión Soviética fue una tragedia. El Cuerpo Expedicionario Italiano en Rusia —CSIR— había partido orgullosamente para el frente del Don. Estaba compuesto o encuadrado por tropas alpinas, especialmente adiestradas en el frío y la nieve, y se componía de doscientos veinte mil hombres. Al principio, su entrada en batalla

JUAN ALDEBARAN

había sido victoriosa: avanzaban fácilmente. Pero era una trampa. Cuando hubo avanzado lo suficiente, las tropas rusas lo envolvieron y lo diezmaron. La mitad de los soldados —110.000— murieron o fueron hechos prisioneros en la operación, los demás se retiraron destrozados y quedaron estacionados en Alemania, despreciados. Finalmente, los aliados desembarcaron en Sicilia. Habían elegido bien el terreno de su ofensiva: primero Africa del Norte, para desde allí saltar sobre el país más débil del Eje. En Sicilia ocurrió una gran tragedia para el fascismo: en lugar de ofrecer la resistencia que se esperaba de los sicilianos, tenidos por fieros y enemigos de forasteros, éstos recibieron a los aliados con banderas y música, con muchachas portadoras de flores: los consideraban como liberadores. Liberadores del fascismo...

Para esa época, las conspiraciones estaban en marcha. Aparte de los principios de guerrillas, de resistencia, principalmente formada por los comunistas, los políticos liberales y demócratas, que habían sobrevivido los veinte años de fascismo —la Marcha so-



Benito Mussolini, soledad en sus últimos años de vida y de gobierno.

La tumba vacía de Mussolini, tras la desaparición de sus restos del cementerio de Milán.



bre Roma es de 1922—, o se habían formado bajo él, trataban ya de crear las estructuras necesarias para sustituir el Régimen cuando entrasen en Roma los aliados; intercambiaban mensajes con ellos, y también se entendían con el Rey. Pero tenían antes que liquidar a Mussolini, o hacerle huir; antes, si era posible, de la misma llegada de los aliados. Una segunda conspiración era la militar. Sus principales protagonistas eran los generales Vittorio Ambrosio, jefe del Estado Mayor, y su adjunto Giuseppe Castellano. El mariscal Badoglio estaba sin duda al corriente de la conjura, pero era sobre todo un hombre del Rey, y estaba dispuesto a hacer lo que el Rey quisiera. En general, los militares estaban desprestigiados y heridos por la derrota continua en todas las campañas emprendidas, se sentían acusados por el pueblo, pero querían desviar la acusación contra Mussolini. La tercera conspiración era la fascista, la que encabezaban Ciano, Dino Grandi y Bottai. Su intención, cuando ya la guerra estaba perdida, era desprenderse de la alianza con Alemania, ofrecer unas condiciones a los aliados y entregarles la cabeza de Mussolini, acusado, una vez más, de todos los desastres. El fascismo, decían, hubiese sido otra cosa si Mussolini no lo hubiese pervertido. De ahí su idea, expuesta crudamente en la sesión del Gran Consejo de restaurar una monarquía parlamentaria con el partido como mayoritario. Ofrecían a los aliados la posibilidad de mantener Italia en orden.

Mussolini tenía más enemigos. Hitler había llegado a despreciarle. Hitler, que había fundado el nazismo sobre la inspiración del fascismo, que confesaba en *Mein Kampf* que el «naciente arbolillo» del nacionalsocialismo sólo había podido florecer gracias al riego fascista, había visto uno tras otro los desastres italianos. Necesitaba aún a Mussolini como símbolo, para recoger lo que aún se pudiese de Italia y mantenerla contra los aliados. Por eso lo liberó del Gran Sasso. Pero a partir de entonces lo trató como a un subordinado, como a un fantoche: no mejor que a Quisling en Noruega. Mussolini se convirtió en lo que entonces se llamaba un *quisling*... Otro grave enemigo: el Rey. Victor Manuel III, que había apadrinado el fascismo —con otros miembros de la familia real— en sus albores, había pasado veinte años de sombrías humillaciones,

LA CAIDA DEL FASCISMO

de personaje relegado a segundo término. Y también había visto su reino desmoronarse: no se culpaba a sí mismo, sino a Mussolini. Veía en riesgo su corona.

De todas las conspiraciones en marcha, de las que estaba al corriente, el Rey eligió la militar, por el enlace de Badoglio, con una intención determinada: mantener una monarquía autoritaria. Badoglio, convertido en jefe del Gobier-

bían contado con un hecho que no se produjo: el rápido avance aliado. A juzgar por el recibimiento que habían tenido en Sicilia, los aliados se encontrarían con las mismas ovaciones en la península. Y avanzarían fulgurantemente hacia Roma, antes de que Hitler tuviese tiempo de reaccionar. Pero no fue así. Hitler entró en Italia, la guerra se estancó... y las conspiraciones prematuras,

trágica—; dicen que aun a pesar de su voluntad, que hubiera sido la de escuchar las súplicas de su hija Edda para que ahorrara la vida del conde Ciano, su esposo. Este era uno de los dos Gobiernos de Italia. El otro era el del Rey, con Badoglio, en Brindisi. Una tercera fuerza era la de las guerrillas en la montaña y la resistencia en las ciudades, cada vez más fuerte y más numerosa. Y

lini en sus últimos años de vida y de gobierno, y la acumulación de acusaciones por parte de todos aquellos que habían sido tan culpables como él. Cualquier revisión de la Historia contemporánea de Italia nos podrá mostrar que Mussolini era el más moderado de los dirigentes fascistas que se reunieron junto a él. Mussolini había querido sobre todo servir a la burguesía y al gran



El mariscal Pietro Badoglio, en marcha hacia Addis-Abeba.



Mussolini, una vez liberado, con Goering. Hitler necesitaba a Mussolini como símbolo, pero le trató como a un subordinado.



Galeazzo Ciano, en 1943. El fascismo cayó en Italia hace treinta años.

no desde el mismo momento de la detención de Mussolini —el Decreto estaba ya preparado el día antes— era, como queda dicho, un leal del Rey; no se hubiese convertido en ningún caso en otro Mussolini y estaba dispuesto a obedecer las órdenes de Victor Manuel. El Rey le ordenó que mantuviese una apariencia de continuación de la guerra junto a Alemania, pero al mismo tiempo que negociase con los aliados, y así lo hizo. Y el fascismo, sus milicias, sus organizaciones, sus emblemas, quedaban borrados de la vida italiana.

Todos estos conspiradores ha-

las conspiraciones de los listos, se vinieron abajo. Al recuperar a Mussolini de su prisión —al espectro de Mussolini—, Hitler le envió de nuevo a Italia. Con los consejeros que le habían sido fieles, con otros fascistas incapaces de abandonar sus ideales, Mussolini fundó el República Fascista de Saló, que quiso ser un fascismo nuevo, con un programa social y de nacionalización. Puro remedo. Ya no era nada más que un Régimen fantoche. Mussolini mandó fusilar a los traidores que le habían sido entregados por Hitler, tras una farsa de proceso —todo era farsa en Saló, farsa

sobre todo ello, la guerra entre aliados y alemanes, verdaderos dueños de los dos Gobiernos satélites. Se sabe cómo se resolvió todo: Mussolini fue apresado y matado por las guerrillas; su cuerpo, colgado en la fachada de un garaje de Milán por los pies, escupido por los viandantes. Con más fuerza y más espectacularidad, quizá, por aquellos que tenían que hacerse perdonar un pasado fascista o colaboracionista. El Rey perdería la corona...

Del espectáculo de la caída del fascismo, lo que más impresiona es sin duda la soledad de Musso-

capital. Había ido reconvirtiendo el furor de los *arditi*, la histeria de los futuristas, la pasión de los otros grupos de combate, en un cauce de gobierno. Renunció al ateísmo fundamental de su propio origen, y sobre todo de los futuristas, para entrar en relaciones con la Iglesia por los Tratados de Letrán y la «segunda reconciliación» (a cambio recibió el espaldarazo de Pío IX, que tan importante era para eliminar a los *popolari*, los católicos sociales de Don Sturzo); transformó el republicanismo del nuevo partido en adhesión a la monarquía, pidió



partidos y algunos periódicos distantes en los primeros años de su Gobierno; quiso mantenerse al lado de Francia y de Gran Bretaña para contener a Hitler (hasta que se fascinó por el poder nazi y se decepcionó por la impotencia de las democracias). Mussolini, creador del fascismo en unas circunstancias determinadas (abandonó el partido socialista, recibió dinero del extranjero, fue subvencionado por la Confederación de Propietarios Agrícolas), era el menos fascista de todos los que le rodearon. No fue, en todo caso, más culpable que ellos. Los únicos que sinceramente pudieron acusarle eran los antifascistas, los políticos liberales y el pueblo, del que surgieron las guerrillas y los movimientos urbanos de resistencia. Los que con más fervor lo hicieron fueron los fascistas, que en muchas ocasiones le habían desbordado en extremismo; los militares, que habían perdido la guerra, y el Rey, que le había elevado y que le había autorizado con el prestigio que aún tenía la corona.

La caída del fascismo, que se celebra con una alegría natural —aunque no se haya alejado tanto de la vida social de Italia y de Europa—, aparte de su significado positivo de un cambio de era, es uno de los espectáculos más tristes y, al mismo tiempo, más repulsivos de la Historia contemporánea. ■ J. A.

El Duce, en el desfile conmemorativo del XX aniversario de la fundación del fascismo.

Mussolini, Hitler y el conde Ciano.

en varias ocasiones a los *squadristi*, que sembraban el terror en el país, que se mantuvieran con mayor moderación (aunque no se ha sabido nunca cuál fue su participación personal en el asesinato de Matteotti, que estuvo a punto de acaosar con el Régimen fascista); cuando la Marcha sobre Roma, Mussolini no participó, ni siquiera se presentó con la camisa negra del partido, sino que llegó desde Milán con chaqueta negra, pantalón rayado y sombrero hongo para presentarse ante el Rey y jurar la Constitución; mantuvo un Gobierno de coalición, dejó que existiesen algunos

